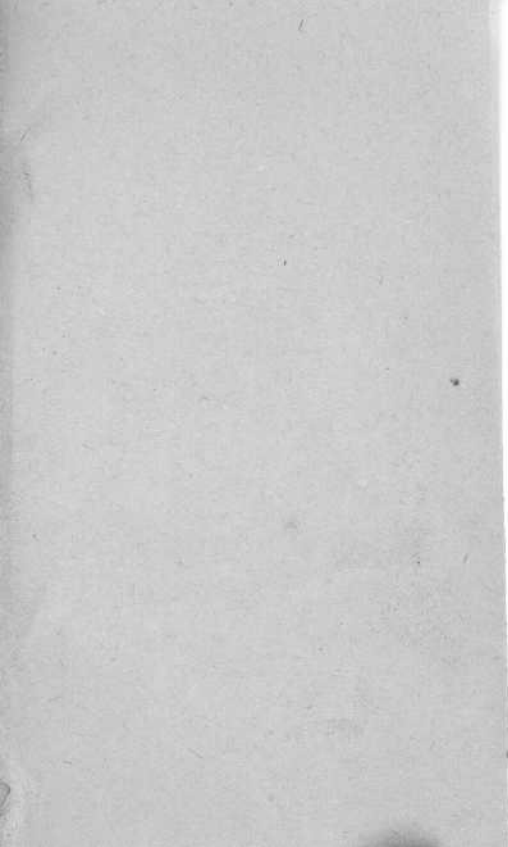


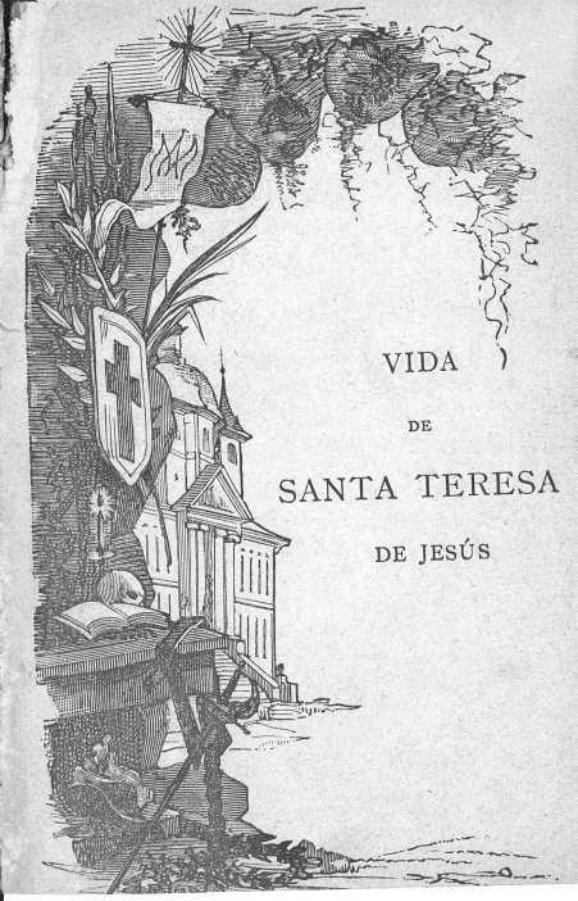
27.











VIDA
DE
SANTA TERESA
DE JESÚS



VIDA
DE
SANTA TERESA
DE JESÚS

ESCRITA POR EL
P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG
DE LA COMPAÑIA DE JESÚS



CON LICENCIA DEL ORDINARIO

MADRID—1885
IMPRENTA DE LA V. É H. DE AGUADO
8, *Pontejos*, 8





VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.



Nació la seráfica madre Santa Teresa de Jesús en la ciudad de Avila, año de 1515, á 28 del mes de Marzo, de padres nobles y devotos cristianos. Su padre se llamó Alonso de Cepeda, y su madre doña Beatriz de Ahumada. Criáronla en santas costumbres y temor de Dios, y ella mostró desde niña muy buen natural y grande inclinación á la virtud, dando señales de lo que después había de ser. Siendo de siete años, aprendió con tanta viveza la eternidad de la gloria y penas del infierno, que repetía á menudo con gran ponderación: *Para siempre, para siempre, para siempre.* Entreteníase en edificar al-

gunas ermitas, siendo este pronóstico de los conventos que, ya mayor, había de fundar. Cuando leía las historias de los santos mártires, se encendía con tal deseo del martirio, que habiéndose concertado con un hermano suyo, también niño, se salió de casa de sus padres, para irse á Africa á ser martirizada por Cristo, de los moros. Iba muy contenta fuera del lugar, donde la encontró un tío suyo, y la volvió á su casa con gran sentimiento de la fervorosa niña; y procuró suplir el mérito de su jornada con muchas buenas obras, lágrimas y limosnas, que según su estado y niñez podía hacer.

Muriósele su madre, siendo de doce años, y con gran devoción é instancia pidió á la Virgen Santísima la tuviese por hija, que ella la tendría por Madre, y que así hiciese oficio de tal con ella; y el suceso mostró que lo alcanzó de la Reina de los cielos. En esa misma edad empezó á gustar de la oración, de la cual había de ser después gran maestra. Como viese una pintura de la Samaritana, que decía á Cristo: «*Señor, dadme de esa agua,*» ella quedó con tal deseo y ansias del agua divina de la gracia, que se la pedía al Señor fervorosa é instantemente.

Siendo de veinte años, crecieron más en ella los deseos de servir á Nuestro Señor con más perfección, para lo cual se determinó á entrarse monja. No tenía esperanza que su padre le daría licencia, por el grande amor que le tenía; y así se fué, sin decirle nada, al monasterio de la Encarnación de Avila, que es de monjas de Ntra. Señora del Carmen, donde recibió el hábito con gran devoción, y dentro de un año hizo profesión en él, creciendo cada día en virtud y observancia, y ejercitándola Nuestro Señor con varias enfermedades, las cuales llevaba con mucha paciencia.

En una de ellas, día de la Asunción de Nuestra Señora, le dió un parasismo tan largo, que estuvo cuatro días sin sentido y como muerta, y diéronle el sacramento de la Extrema-Unción. Estaba ya la sepultura abierta para enterrarla, y lo hubieran hecho, si no lo estorbara su padre, que entró á verla, y conocía mucho de pulso. Al cabo de los cuatro días volvió en sí, y hallándose con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanos bañados en lágrimas, comenzó á decir, que para qué la habían llamado; porque había estado en el cielo: y que supiesen que su

padre y otra monja, amiga suya, llamada Juana Suárez, se habían de salvar por su medio. Vió también los monasterios que había de fundar, y lo que había de hacer en la Orden, y cuántas almas se salvarían por su causa, y que había de morir santa, y en su sepulcro le habían de poner un paño de brocado. Sucedió todo después conforme á lo que el Señor le mostró.

Quería Dios á su sierva muy perfecta, porque la había escogido para que fuese maestra de gran perfección, que por su medio y doctrina alcanzaron y alcanzan muchas personas; y así nó la dejaba entibiar en sus santos propósitos, sino que luego la corregía y tiraba del freno. Un día, que estaba en la puerta del monasterio perdiendo tiempo con una persona, se le mostró Cristo Señor nuestro atado á la columna muy llagado, y particularmente en un brazo, junto al codo, desgarrado un pedazo de carne, con lo cual quedo la Santa muy maravillada y turbada, que no quisiera ver más aquella persona con quien estaba.

Después de cuatro ó cinco años de monja, vino casi á dejar poco á poco la oración (aunque aconsejaba á otros la tuviesen), engañada, como ella dice, con

una falsa humildad; porque le parecía atrevimiento tratar con Dios, la que tenía gusto y trato con las criaturas. En este tiempo dió á su padre la enfermedad de la muerte, y salía con una compañera, como se acostumbraba entonces, y curarle. Asistióle, y ayudóle para que muriese con gran consuelo. En esta ocasión el confesor, en cuyas manos murió su padre, que era un religioso dominico, llamado Fray Vicente Varrón, persona docta y muy espiritual, comunicando á la santa doncella, y confesándola, tomó á su cargo el aprovechamiento de su alma, y le hizo volver á la oración; y así dice ella misma: «Este Padre Dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho; porque me confesé con él, y tomó hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía: hacíame comulgar de quince en quince días; y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase; que en ninguna manera me podía hacer sino provecho.»

Desde este tiempo se dió la Santa con más continuación á la oración, durando en ella con grandes sequedades por espacio de diez y ocho años, hasta que un

día, mirando una imagen que estaba en su oratorio, de Cristo muy llagado y lastimoso, se postró con grandes lágrimas delante de ella, pidiendo su favor y ayuda, tan de veras, que se sintió toda trocada, y con gran ánimo y fortaleza para servir á Dios cuanto pudiese, favoreciéndola de allí en adelante el Señor con grandes visitas y altísima contemplación. Estaba la Santa, por su gran humildad, dudosa si era bueno su espíritu, y tenía aún algunas imperfecciones; y así buscaba algún diestro maestro espiritual que la enderezase, deseando para esto tratar con los Padres de la Compañía de Jesús, como ella misma lo escribe en su Vida, con estas palabras:

«Como Su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese, y conociese lo mucho que le debía; creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quienes tratar, que ya tenía noticia de algunas: porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quienes yo, sin conocer á ninguno, era aficionada, de sólo saber el modo que llevaban de vida y oración; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me ha-

cía más temer: porque temía mi ruindad, y parecíame que quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pensamientos, y que si esto no hacía que era peor: y así procuré con la sacristana y portera, no lo dijese á nadie».

Todas estas son palabras de Santa Teresa, la cual cuenta muy largamente cuán notable mejoría sintió con su trato, y cómo la pusieron en mayor perfección y mortificación, asegurándole ser su espíritu bueno. Fueron muchos los que la trataron, y entre ellos San Francisco de Borja; pero quien más tiempo y más asistentemente lo gobernó, fué el ilustrado y extático varón, el Padre Baltasar Alvarez. Este siervo de Dios fué quien más la aprovechó en sus principios, como la misma Santa confiesa, y la acabó de desarraigar el corazón de todo lo que no era Dios y su mayor gloria: por lo cual quedó la Santa por su gran humildad muy agradecida y devota de esta religión, como en sus obras tantas veces lo muestra; y por toda su vida duró en este afecto y recurso á los Padres de la Compañía, y de la esclarecida religión de Santo Domingo, de los cuales fué también devotísima; porque como la humilde Santa andaba con los

emores que hemos dicho de su espíritu, le parecía que nadie la podría asegurar mejor, y enderezar, que gente tan docta y espiritual como hay en estas sagradas religiones.

Con lo que la animó San Francisco de Borja, concibió la sierva de Dios gran odio contra sí, quebrantando en todo su voluntad, y haciendo grandes penitencias. Vistióse de un cilicio de hoja de lata, hecho y agujereado al modo de rallo, que dejaba toda su carne llagada; tomaba rigurosas disciplinas, unas veces con ortigas, otras con llaves, hasta venir á hacerse llagas, de las cuales manaba y corría mucha materia; pero la medicina con que las curaba, era renovarlas con muchos golpes. Estaba tan encarnizada contra sí misma, que una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo, comenzó á entrar y revolverse entre ellas como si fuera en una cama de rosas. Con todo esto tenía la Santa algunas imperfecciones que no conocía, hasta que el siervo de Dios Baltasar Alvarez la desengañó, diciéndole, que para contentar del todo á Dios, ninguna cosa había de dejar de hacer por él; y así que dejase unas amistades que tenía. Parecíale á la Santa que sería desagradeci-

miento, pues en ellas no había pecado: él le dijo que lo encomendase á Dios por algunos días, y que rezase el himno *Veni, Creator Spiritus*, para que le diese luz Dios de aquello que era lo mejor. Hízolo así la Santa, y estando una vez en oración suplicando al Señor la ayudase á contentarle en todo, le vino un grande arrobamiento, en el cual le dijo Su Divina Majestad: Ya no quiero que tengas conversación con los hombres, sino con los ángeles: lo cual se le imprimió de manera que nunca más tuvo amistad ni afecto á persona ninguna que no fuese por Dios y según Dios.

Estaba todo el día en oración, y vivía de suerte, que en todo procuraba contentar al Señor, que traía siempre presente y por testigo de su vida; y el Señor se iba mostrando poco á poco á su sierva. Estando un día en oración, le mostró solas las manos con tan grande hermosura, que no se podía encarecer: de allí á algunos días le descubrió aquel divino rostro, quedando del todo absorta y elevada: después le mostró toda su humanidad sacratísima, con aquella hermosura y majestad con que había resucitado.

Por más de tres años vió á Cristo Se-

ñor nuestro siempre á su lado derecho, que le hacía compañía, y le hablaba, enseñaba y consolaba en sus trabajos, y recogía en altísima oración. Vió una vez al Salvador del mundo que le mostraba la llaga de la mano izquierda, y que con la derecha sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, y á vueltas de él sacaba parte de su sangre sacratísima, diciendo que quien aquello había pasado por ella, que no dudase sino que mejor haría todo lo que ella pidiese, prometiéndole de hacerlo así. Estando una vez la Santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano, se la tomó el Señor con la suya, y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se lo había tomado; porque era de cuatro piedras grandes, sin comparación muy más preciosas y ricas que diamantes, y estaban en ellas las cinco llagas esculpidas desde entonces: y aunque los demás juzgaban no ser aquella cruz sino de madera, la Santa siempre la veía de la manera dicha.

Creciendo con semejantes favores el fuego del divino amor en Santa Teresa, solía ver un ángel junto á sí, hacia el lado izquierdo, de muy hermoso rostro, y tan encendido, que le parecía serafín; traía en

las manos un dardo de oro largo, y al fin de él en la punta tenía un poco de fuego. Metíasele el ángel en el corazón, y traspasábale las entrañas; y al salir de él, le parecía se las llevaba tras sí con gran dolor: pero dejábala abrasada en amor de Dios. Mostrósele también el Espíritu Santo, que es el amor divino, en figura de un joven muy hermoso, rodeado todo de llamas muy encendidas. Quedóle á la Santa tan impresa esta visión, que hasta que murió la traía presente, aunque estuviese muy ocupada: salvo que algunas veces era como si tuviese un velo delgado delante, pero con certidumbre que estaba detrás, y muchas veces se corría esta cortina, y la volvía á ver.

Sobre todos estos favores fué muy particular cuando el mismo Cristo Nuestro Bien la desposó consigo; porque estando un día para comulgar, aparecióle el Señor con gran resplandor y hermosura, como otras veces solía, y celebró con su esposa este divino desposorio, como la misma Santa lo escribe: «Representóseme el Señor, dice, por visión imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy: hasta

ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo como Criador, como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía, mi honra es ya tuya, y la tuya mía.

Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor, que, ó ensanchase mi baja, ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecía la podría sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida: he sentido después gran provecho, y mayor confusión y affligimiento de ver que no sirvo en nada con tan grandes mercedes». Y de allí adelante, el ordinario lenguaje que entre Cristo y la Santa había, eran estas palabras que el Señor le decía, con que Su Majestad y ella se regalaban y enamoraban más cada día: «Hija, ya eres toda mía: yo soy tuyo; y esto no una, sino muchas veces.

Enriqueció el Señor con tales favores á la que había escogido para llenar el cielo de muchas almas, que ardía en grande amor de Dios Santa Teresa. Affligíase mucho de las ofensas que hacía el mundo á su amado; sentía sobremanera el estrago que por aquellos tiempos había hecho la herejía en Francia y Alemania;

y para restaurar cuanto pudiese por su parte el daño que el demonio hacía á la Iglesia, determinó resucitar el primitivo vigor de la regla del Carmen, que dió San Alberto, é inspirada de Dios, y con promesa suya del feliz suceso que tendría, fundó las monjas Carmelitas descalzas, y luego los frailes de la misma Orden y rigor de regla, persuadiendo á algunos Padres de su Orden diesen principio á los descalzos y á la rigurosa observancia de la regla primitiva.

De estos fué el primero y capitán de los demás el Padre San Juan de la Cruz, varón de admirable espíritu y santidad, como sus libros y fama testifican: el cual, dando principio á la vida descalza en un pequeño lugar llamado Duruelo, fué como semilla de la gran posteridad de tantos hijos insignes en virtud, que extendidos después por toda España, Italia, Francia y las demás provincias de la cristiandad, son ejemplo y edificación en la Iglesia, y singular honra de esta insigne Santa Madre, y fundadora suya.

Fundó el primer convento de monjas, que fué San José de Avila, para cuya fundación la animó muchas veces Jesucristo. Otra vez vió á la Virgen á su lado dere-

cho y á San José al izquierdo, que la vestían de una capa de mucha blancura, con que le dieron á entender que ya estaba limpia de sus pecados. Acabada de vertir de aquella ropa hermosísima, le dijo la Madre de Dios que le daba mucho contento en servir al glorioso San José, y que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho su Hijo, y ellos dos: que no temiese habría quiebra en esto jamás; porque ellos la guardarían: porque su Hijo había prometido andar con ella en el negocio de la fundación; y en señal que era verdad, le daba aquella joya, y echóle al cuello un collar de oro, asida á él una cruz de mucho valor, todo tan hermoso, que no tenía comparación todo lo hermoso y precioso de la tierra con aquel oro y piedras: con lo cual quedó la Santa llena de ternura y gozo de su espíritu, y animada grandemente para vencer todas las dificultades que se le ofrecían.

Estándose edificando el convento, cayó un pedazo de pared sobre un sobrino de la Santa, hijo único de sus padres: tomándole una devota señora en los brazos, que tenía bien conocida la gran santidad de Santa Teresa, no dudó de verle resuci-

tado por medio de sus oraciones, y así le dijo: Este muchacho está muerto; pero el poder de Dios no es limitado, que si quiere darle vida, puede: mire lo que han sacado su hermana y su cuñado de su casa, y cuán lastimados quedarán: alcance de Dios, hermana, que le vuelva la vida. Súpolo su madre; y deshaciéndose en lágrimas, instó á Santa Teresa, su hermana, le resucitase.

La Santa, movida á compasión, hizo oración por él, y luego comenzó el muerto á revivir, como si despertara de un sueño, diciendo la Santa á su hermana que tomase ya á su hijo, el cual quedó bueno y sano. Al fin, después de muchas contradicciones y grandes trabajos que pasó la sierva de Dios, se acabó el monasterio, y vió á Cristo Nuestro Redentor que le ponía una corona, agradeciéndole lo que había hecho. Después vió á la Virgen Santísima con grandísima gloria, vestida de un manto blanco, debajo del cual amparaba á la Santa y á todas sus monjas. Trató luego, por revelación que de ello tuvo, de fundar otros monasterios de monjas y frailes en gran pobreza y rigor, como lo hizo, favoreciéndola en todo Dios nuestro Señor y su misma Madre.

Después de la fundación del convento de Avila, fundó Santa Teresa en Medina del Campo, luego en Malagón, luego en Valladolid. Desde allí envió con licencias y patentes del General al Santo Padre Fray Juan á fundar en Duruelo, donde se descalzó. Después de esto fundó la Santa Madre los conventos de Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas y Sevilla: de aquí envió á fundar el convento de Caravaca; luego fundó en Villanueva de la Jara, en Palencia, Soria; luego envió á fundar el monasterio de Granada, después fundó en Burgos. En todas estas fundaciones la favoreció el Señor mucho.

Habiendo hecho la fundación de Malagón, la regaló el Señor con una admirable visita que cuenta la Santa por estas palabras: «Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma, en San José de Malagón, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella, que debía ser en donde hicieron llaga, tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy tan devota de este paso, consoléme mucho y comencé á

pensar qué gran tormento debía de ser, pues había hecho tantas heridas, y á darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que ¿qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo? Díjome, que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa á hacer estas casas; que con las almas de ellas tenía él descanso: que tomase cuantas me diesen; porque había muchas que por no tener en donde, no le servían: y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras; y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de Prelado, y que pusiese mucho cuidado en que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior; que él nos ayudaría para que nunca faltase.»

Caminando una vez con las monjas que habían de fundar el convento de Veas, y pasando de noche por Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, habiéndose metido en unos grandes riscos y despeñaderos. Halláronse muy afligidos: Santa Teresa dijo entonces á

sus monjas, que se encomendasen á San José; y habiéndolo hecho devotamente, oyeron una voz como de hombre anciano, que decía á los carreteros: Teneos, que vais perdidos y os despeñaréis, si pasáis adelante. Pararon los carreteros á estas voces, y las personas que iban en compañía de la Santa comenzaron á gritos á preguntar al que les avisaba, qué remedio tendrían para salir del estrecho y peligro en que estaban. Él les respondió que echasen todos hacia una parte, por la cual había tan mal paso, que no fué menor milagro atravesar por él, que salir del peligro en que estaban.

Como se vió este caso tan maravilloso quisieron algunos ir á buscar al que les había avisado. Mientras ellos fueron á buscarle, dijo la Santa á todas las religiosas con mucha devoción y lágrimas: No sé para qué los dejamos ir: que era mi Padre San José, y no le han de hallar. Así fué, que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle; y desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban los carreteros con juramento que parecía que volaban; y todo era necesario para llegar aquel día á buen tiempo á Veas.

Habiendo fundado el monasterio de Villanueva de la Jara, con gran necesidad y pobreza, al partirse de él, viendo que las monjas que quedaban no tenían con qué sustentarse, les prometió de parte de Dios, cuando se despedía de ellas, que si viviesen religiosamente, nunca les faltaría lo necesario; la cual promesa tornó á confirmar otra vez, respondiendo á una carta, en que preguntaban si darían la profesión á nueve novicias que acababan, por ser suma la pobreza de aquel convento. La santa escribió, que les diesen la profesión, y que en nombre de la Santísima Trinidad, en cuyo día escribía aquella carta, les prometía que no les faltaría lo necesario, si fuesen las que debían: lo cual sucedió así; porque les sobraron limosnas para repartir á los pobres. Y un año de grande hambre, cuando no se hallaba trigo en el lugar de Villanueva por ningún dinero, de modo que no podían los de la villa favorecer á las siervas de Dios, ellas se sustentaron milagrosamente por espacio de seis meses que duró el hambre; porque con sólo ocho ó nueve fanegas de trigo que estaban en el monasterio al principio de aquella carestía, y no bastaban para el sustento de un mes,

se sustentaron todo aquel tiempo las monjas tan cumplidamente, que les sobraba para dar largas limosnas á muchos pobres, multiplicándose aquella harina por virtud divina.

Acabada la necesidad del trigo, púso- las el Señor, para mayor demostración de su gloria y providencia, en otra nueva y por ventura mayor que la pasada: y fué, que luego el Setiembre del mismo año sucedió aquella enfermedad universal del catarro: y así por estar toda la gente enferma, y ser el lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las monjas hacían, y estar también muchas de ellas enfermas para hacerla, vino el monasterio á cargarse de enfermas y necesidades. La Priora, que en el pueblo no hallaba remedio, escribió á una persona eclesiástica, rica y poderosa, representándole su grave necesidad y pobreza, y quiso el Señor que jamás le respondiese cosa alguna; y así se vieron destituidas de todo favor humano; y lo que más era, cerradas las puertas para buscarle: pero el Señor fué servido de proveerlas de las suyas adentro, por el medio que ahora diré. Había en el convento un peral solo, no muy grande, y en este les libró el Se-

ñor toda su comida y sustento; porque cargó de tal manera de peras, que cogían cada día todas las que eran necesarias para la comunidad, de las cuales comían unas veces cocidas y otras asadas, y cogían cargas para vender en el lugar, y con el dinero que sacaban de las peras, compraban todo lo necesario para el convento: y era tanta la abundancia, que acudían muchas personas del pueblo, de ordinario, por peras para los enfermos, y á todos daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de más de dos meses; y con disfrutarle cada día con tan grande exceso, parecía que no se tocaba á él.

Otra vez, en otra grande necesidad que tuvieron, estando la Provisora algo afligida, y acaso estando pensativa, comenzó á escarbar en el cimientó de un corral de la casa, y halló sesenta reales donde no se podía esperar que persona humana los hubiese puesto; porque las que hasta allí habían vivido en la casa, habían sido tan pobres, que para su comida no alcanzaban. Guardélos y comenzó á gastar de ellos; y multiplicó el Señor de tal suerte aquel dinero, que en más de un año se proveyó el monasterio de todo

lo necesario, no más que con echar mano la Provisora á la faldriquera, donde parece que tenía una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le faltase. En otras cosas menores tuvo Nuestro Señor gran providencia con aquellas siervas suyas, á las cuales había prometido Santa Teresa el divino favor.

Como una vez en el monasterio faltasen las ollas en que aderezar la comida, y no hubiese en el lugar de donde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se había quebrado; y considerando que no tenía otro remedio, acordó de fregarlos, y juntólos lo mejor que pudo, y con grande confianza en Dios puso en ellos la comida que había de guisar para la comunidad. Hizo la olla su oficio, como si fuera de hierro, ó del todo estuviera sana, y después de comer la volvió á fregar la cocinera cada pedazo de por sí, y los juntaba de nuevo cada vez que quería poner la olla, y perseveró en hacer esto mismo por espacio de un mes, hasta que hubo ocasión de comprar nuevas ollas.

Con semejantes maravillas mostraba el Señor lo que se agradaba en las fundaciones que hacía Santa Teresa, y acre-

ditaba la santidad de su sierva con muchos milagros que obraba por su medio. Estando una religiosa con la Santa Madre, que estaba escribiendo algunas cartas, le dijo: Hija, si supiera escribir, ayudárame á despachar estas cartas. Ella le dijo que le diera alguna materia para aprender: dióle dos renglones de su letra, mandándole que aprendiese luego por ellos; y aquella misma noche escribió la religiosa una carta, y ayudó de allí adelante á la Santa á escribir las cartas, sin haberlo aprendido jamás.

Estando la Santa en Avila, y habiendo de salir á una fundación, estaba su compañera, que era la venerable madre Ana de San Bartolomé, más había de un mes en la cama, enferma de unas recias calenturas. La noche antes que se partiese, fuéla á ver la Santa, y hallóla con una gran calentura, y díjole: Mire, hija, que se ha de ir conmigo mañana: Ella respondió: ¿Pues cómo, Madre? ¿No ve V. R. cual estoy? Replicóle la Santa: Mi ida no se puede excusar; y ella habrá de ir conmigo: sin decirle más palabra. A la media noche despertó tan sana y tan buena como si no hubiera tenido mal, y acompañó á la Santa su camino: y esto le

sucedió algunas otras veces con esta religiosa.

Tuvo clara y manifiestamente la gracia de sanidad; y con sólo llegar sus manos curó á muchos enfermos. Estaba en Salamanca en casa de la Condesa de Monterrey una señora honrada llamada Doña María de Arriaga, mujer del ayo de los hijos de la Condesa, muy enferma de un tabardillo. Pidió la Condesa licencia al Provincial para que cuando la Santa viniese á Salamanca entrase por su casa: hizolo así, y después de haber visitado á la Condesa, pidióle entrase á ver la enferma. Entró la bienaventurada Santa, y púsole la mano sobre el rostro sin que ella supiese en ninguna manera quién la tocaba, ni menos que estuviese allí la Santa, porque la enfermedad la tenía muy fuera de sí: pero luego comenzó á decir con alta voz: ¿Quién me ha tocado, que me siento sana? Quedando desde aquel punto con entera salud. En el monasterio de Medina estaba la madre Ana de la Trinidad enferma de una erisipela y de un encendimiento de rostro muy grande. Estando allí Santa Teresa, dióle la enfermedad á esta religiosa, juntamente con una grande calentura, y llevábanla

á acostar las demás. Luego que lo supo la Santa, hízola llamar: vino la enferma, y sin saber lo que la Santa quería, hincóse de rodillas delante de ella: trájole la mano por el rostro, donde estaba la erisipela, y le dijo: Confíe, hija, que Dios la sanará. ¡Oh maravilla de Dios! que desde aquella hora se sintió la enferma sin calentura, sin erisipela, sin dolor y sin enfermedad alguna, y por espacio de más de veinte años que después vivió, jamás le volvió este accidente, con haber sido desde su niñez continuamente acosada de esta enfermedad.

También fué cosa milagrosa el aparecimiento que hizo Santa Teresa en vida al Padre Gaspar de Salazar, Rector de la Compañía de Jesús que fué en Avila y en otras partes, y confesor de la Santa Madre, dándole algunos avisos para el provecho de su alma, estando él distante hartas leguas de donde la Santa estaba.

Otra vez, estando la Santa en Segovia, se apareció á una monja enferma, que estaba en Salamanca, bendiciéndola y regalándola, y llegándole las manos al rostro, le decía: Hija mía, no sea boba, ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Es-

poso, que es grande la gloria que le tiene preparada, y crea que hoy la gozará; y aquel mismo día fué á gozar de Dios, muriendo con grande alegría de su alma.

Mayores maravillas fueron las de sus heroicas virtudes, y dones del Espíritu Santo, con que enriqueció el Señor á esta grande sierva suya, para que fuera dechado de perfección á tantas personas como en la sagrada religión del Carmen descalzo han florecido en santidad, dando á todas sus hijas é hijos singular ejemplo de toda perfección religiosa.

¿Qué diré del encendido amor de Dios que tenía Santa Teresa, sino que parecía igual á aquel en que los Serafines se abrasan, el que Dios puso en esta santa Virgen, que según las muestras y finezas que en esta vida dió de él, no halló en la tierra con qué compararlo? Porque el amor de esta Santa fué para con Dios en perseverancia continuo, en fervor ardentísimo, y en la fuerza muy penetrante. Andaba siempre tan encendida en amor, que hecho su corazón una brasa, de continuo despedía de sí fuego y encendimiento de amor, y toda andaba embebida y empapada, si así se sufre decir, en Dios. Aquí tenía siempre sus deseos: allí eran de

continuo sus pensamientos, y allí vivía; estas eran sus ansias, esta era su comida, su sueño, su trato y conversación; porque ardía de continuo en su corazón tan grande afición, que la sacaba fuera de sí, y le robaba el pecho el amor y el deseo, y de tal manera la trasformaba en Dios, que andaba como si estuviera en otra región, y las cosas de esta no la tocaran, que no parece que estaba su alma donde tenía su cuerpo.

Los negocios y embarazos que se le ofrecían, y todas las cosas que la ocupaban y quitaban de estarse absorta en Dios, gozando de su sabrosa conversación, le eran muy penosos. Y como el que está inflamado con alguna calentura aborrece y abomina cualquiera mantenimiento que le ofrecen, por más gustoso que sea, por razón del fuego y mal que le abrasa: así ella, por estar tan encendida con el fuego del espíritu celestial, no la arrastraba cosa de la tierra, ni le daba gusto nada de ella.

Hería el fuego divino con tanta violencia el corazón de esta Santa, que causaba en ella unos ímpetus de Dios, y deseos de verle tan excesivos, que le hacían salir el alma de los sentidos, y á veces la

ponían en ocasión de salir también del cuerpo. Eran estos ímpetus y deseos de ver á Dios, y la pena de carecer de él tan grande, que, como ella confiesa, la enajenaba de sentido; porque era una manera de arrobamiento penal, que casi le quitaba todos los pulsos, y la ponía tan en las puertas de la muerte, que como ella decía, creía que estas ansias de Dios le habían de quitar la vida. Moría porque vivía: y no podía valerse con la vida, y á su parecer hacía mucho en sufrirla; y así venía á tener en el mayor deseo la muerte y en la mayor paciencia la vida. No podía sino pedir á Dios la muerte, porque no hallaba remedio en la vida.

Creció tanto el amor, y vino á ser el fuego tan eminente, que llegó á hacer su alma tan una con Dios, como lo son dos luces que entran en un aposento por diferentes ventanas, ó como dos aguas que, estando antes divididas, se vienen á juntar en una, que son dos ejemplos de que ella usa en sus libros; no porque se viene á hacer una sustancia con Dios, sino un amor y un espíritu. Tenía una invencible resolución de no dejar de hacer cosa alguna que entendiese era más perfección y servicio de Dios, aunque fuese á costa de

su descanso, de su sangre y de su vida: de suerte que tenía por regla, no como quiera la voluntad y gloria de Dios, sino aquello que entendía que era mayor gloria y honra suya. En esto quiso hacer de su virtud necesidad; y para darle toda la perfección á este modo de obrar tan divino y propio de los Angeles que moran en el cielo, lo confirmó con voto. Pues el amor, que tanto pudo, sin duda tiene gran fuerza, y es grandísimo el fuego que á tan grandes cosas se extiende; porque aunque parece este voto una simple promesa, es una determinación que abraza en sí todo lo más alto y apurado de la perfección cristiana, que no es una sola cosa, ó pocas cosas, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin número. Porque trae consigo una obligación á hacer siempre lo que Dios manda en su ley, lo que su orden dispone en su regla y constituciones, y á cumplir todo lo que la razón dicta, la justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza y prudencia y todas las demás virtudes establecen y ordenan; y para decirlo todo, en una palabra, es negar todos sus propios gustos, por gustar solamente de lo que Dios gusta y quiere. Todo esto.

es lo que prometió en este voto; y salió valerosamente con el cumplimiento de él, ayudada del amor que tenía á Jesucristo, en quien todo le era posible y hacedero.

La caridad de la Santa para con los prójimos, era cortada al molde de la caridad tan abundante y encendida que tenía de Dios. Este amor y este deseo de la salud de las almas le hizo ponerse en tantos trabajos, y andar casi diez y seis años cargada de dolores y enfermedades; peregrinando por toda España con fríos, con aguas, con calores grandes, para fundar monasterios en que, recogidas muchas de ellas, fuesen salvas de los peligros del mundo. Y aunque deseaba mucho que todas sirviesen á Dios, cuando veía á alguna persona de gran talento, íbase á nuestro Señor con unas ansias que no se podía valer, y con gran fervor le decía: Señor, mirad que éste es bueno para nuestro amigo; pareciéndole que una persona tal, siendo perfecta, haría más provecho que muchas ordinarias.

Tenía un gran cuidado de la salud y conversión de los pecadores, y lo que más pena le daba era la caída de los buenos. El multiplicarse las herejías y necesidades de la Iglesia, era una saeta

que siempre traía atravesada en el corazón, y un despertador continuo de sus lágrimas, y unas espuelas para hacer grandes penitencias. Así hizo en orden al remedio de estos daños, y para satisfacción de sus deseos, todo lo que pudo hacer según su estado y condición.

Rasgábasele el corazón á la Santa de ver la tiranía con que el demonio trataba y tenía oprimidas las almas de los herejes y de otros pecadores, criadas para el cielo y redimidas con la sangre del mismo Dios, sin hallar medio para su desengaño. Las noches casi las pasaba en vela, orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios le hiciese merced de alumbrar aquellas almas que tan lastimosamente estaban engañadas. Mil vidas diera para remediar una alma, y de cualquier gozo, aunque fuese muy espiritual, se privara de muy buena gana por el aprovechamiento del prójimo. El fruto que hizo en las almas, y conversiones admirables que por las oraciones y medio de Santa Tesesa se hicieron, fueron muchas y por toda su vida, porque por toda ella la abrasó el celo de la casa y honra de Dios. Los trabajos que pasó por sus prójimos fueron muchos; pero muy pocos le parecían á su excesiva

caridad, deseando padecer más y más por Jesucristo nuestro Redentor y sus redimidos.

Este era su continuo pensamiento, este su deseo, este el único consuelo que tenía en esta vida, y con que acallaba y entretenía los grandes ímpetus y deseos que tenía de morir para ver á Dios. El padecer le hacía agradable vida tan enojosa, y breve peregrinación tan larga y prolija, y segura navegación tan peligrosa. Por esto, como otro San Pablo, sufría y deseaba privarse, el tiempo que la vida le durase, de la clara visión y dulces abrazos de su esposo Jesucristo; y como no vivía sino para padecer, así sólo esto lo daba contento y satisfacción á su alma: y solía decir, que para nada era buena esta vida sino para padecer; para nada era corta y breve sino para trabajar. Por esto nunca cesaba de pedir á Dios le diese trabajos, ni se cansaba de padecerlos. No sólo no la cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo; y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenía ella por deleite y premio de sus trabajos, como se echó de ver en lo que ahora diré.

Estando la Santa en Avila en los años

postreros de su edad, ofreciósele uno de los mayores trabajos que en su vida había pasado; y dijo entonces delante de una grande amiga suya con gran consuelo y ternura: Con este trabajo, Señor, me pagáis todos los que me babéis dado en mi vida. Con estas palabras, no sólo dice el gusto grande que tenía en el padecer, sino que tenía puesta en esto la felicidad de la vida presente, como si Dios no la hubiera criado sino para trabajos, teniendo por corona y premio el padecer; porque estaba ya su alma tan transformada y connaturalizada en estos deseos, que solía decir que el padecer no tenía necesidad de otro fin sino padecer; significando la estima que tenía de los trabajos y deleites que había en ellos.

Tenía muy frecuentemente en la boca y corazón estas palabras: Señor, ó padecer ó morir. ¡Gran indicio del sumo amor que á Dios tenía; pues estimaba más los trabajos pasados por su amor que la misma vida! Había pedido á Dios que nunca le faltasen dolores que atormentasen y afligiesen su cuerpo: y cumplióle el Señor estos deseos; porque ni le faltaron estos mientras vivió, ni jamás las que la trataron la vieron con salud; y si algún tiempo

se aliviaban sus trabajos y enfermedades, era cuando se le ofrecía alguna fundación. Por entonces suspendía Dios nuestro Señor el padecer, para más padecer; y si acaso se veía apretada de algún dolor, disimulaba todo lo que podía para que las Hermanas no lo echasen de ver y le quisiesen impedir tan buenas ocasiones y tan agradables para ella, cuanto llenas de dificultades y trabajos.

No sólo quiso probar el Señor á su sierva en estos trabajos y dolores causados de sus enfermedades, sino que para mayor premio y corona de su paciencia dió licencia al demonio para que la atormentase en su cuerpo, y emplease su malicia y fuerzas para vencer á la Santa, estando él á la mira de todo, como en otro tiempo hizo con el santo Job. Y como de ordinario por medio de la oración é intercesión de la Santa sacaba Dios á alguna alma de pecado, y por consiguiente de la servidumbre del demonio, luego se vengaba de la Santa Madre, y la atormentaba cruelmente.

Sufrió también de los hombres muchos malos tratamientos é injurias, con grande paz y gozo de su espíritu. En la fundación de Burgos, porque nunca le faltasen tra-

bajos que padecer, estando en una iglesia el Jueves Santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como la Santa no lo advirtiese, y por esto no se levantase tan presto para darles lugar, pensando que no hacía caso de ellos ni les quería dar paso, viendo el manto humilde y desechado que traía, pensaron que debía de ser alguna mujercilla de condición semejante al vestido, y diéronle de coces para echarla á la otra parte; y con ellas la derribaron en el suelo.

Cuando su compañera Ana de San Bartolomé acudió para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que había pasado. Con el mismo contento y alegría sufrió unos chapinazos que le dió una mujer, estando en la fundación de Toledo, oyendo Misa en la iglesia de San Clemente.

Conforme al excesivo amor que tenía á Dios Santa Teresa, la sublimó el mismo Señor á un tan alto modo de oración, que más parecía de ángel que habitaba en los cielos que de persona que vivía en este destierro y valle de miserias; y nadie la pudiera dar á entender sino ella misma en aquellos libros admirables que escribió para enseñanza de muchos y admiración

de todos, escogiéndola Dios para doctora y maestra de oración y espíritu.

Fueron grandes y muy frecuentes los arrobamientos y visiones, hablas interiores y revelaciones, sabiduría infusa, don de profecía y otros grandes favores que la Divina Majestad comunicó á esta santa virgen. Muchas veces fué vista levantada de tierra y toda absorta en Dios, y que el rostro tenía lleno de resplandores que alumbraban los aposentos oscuros.

Los que la comulgaban la solían ver con el rostro todo resplandeciente. Con los mismos resplandores la vieron muchos cuando escribía los libros admirables que compuso. Otra vez, estando en capítulo con sus monjas, echaba tantos rayos de sí, que ilustraba todo el capítulo. A los principios, andando con grande temor de ser engañada, le aparecieron los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo en el mismo día, y le prometieron no sería engañada del demonio: ello se cumplió así; pues con haber tenido tantas cosas de Dios y tan extraordinarias, jamás el demonio la pudo engañar.

Supo la dichosa muerte de aquel admirable varón y gran siervo de Dios, San Pedro de Alcántara, un año antes que su-

cediese. Revelóle nuestro Señor algunas veces que había de morir de repente doña María de Cepeda, su hermana: díjolo á su confesor, y con su licencia fué á una aldea donde estaba su hermana, y sin decirle nada de lo que había visto, la comenzó á disponer para que se confesase á menudo y se preparase para cuando el Señor la llamase. Murió al cabo de cuatro años de repente, y dentro de pocos días la vió salir del purgatorio.

Más de veinte años antes que sucediese en Portugal la muerte del Rey Don Sebastián, y de tanta nobleza de aquel reino como murió en Africa, vió la Santa un ángel con una espada muy sangrienta sobre el mismo reino de Portugal, dándole á entender la mucha sangre que de él se derramaría: y al cabo de estos años, estando ella afligiéndose delante de nuestro Señor de tan grande pérdida de un Rey y de tanta gente, le dijo nuestro Señor: Si yo los hallé dispuestos para traerlos á mí, ¿de qué te fatigas tú? Vió también al mismo ángel con la espada desnuda y sangrienta sobre el reino de Francia, y dióle el Señor á entender la ira que entonces tenía con aquel reino, y profetizó las herejías que se habían de levantar.

Vió de algunas Religiones grandes proezas que han de hacer en tiempos venideros en servicio de la Iglesia, como ella largamente escribe en el capítulo 38 de su Vida. Revelóle nuestro Señor que vería muy adelante en sus días la Orden de la Virgen, que ella había reformado, por estas palabras: «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelante la Orden de la Virgen. Esto entendí del Señor mediado Febrero, año de 1571».

Consolóse mucho la Santa, lo uno con esta corona que el Señor le ofrecía, y lo otro con ver que el Sumo Pontífice del cielo, Cristo nuestro Redentor, confirmaba con estas palabras el título que sus Vicarios en la tierra habían declarado con la autoridad apostólica en favor de su Religión, contra muchos émulos que á los principios que esta Orden vino á Europa, envidiosos de tan glorioso renombre, procuraban contradecir el título tan ilustre que tiene desde el tiempo de la primitiva Iglesia, de Religión de la Virgen María del Monte Carmelo.

Vió cumplida en sus días esta profecía, pues antes que muriese dejó aumen-

tada su Religión en gran número de monasterios y sujetos, y lo que es más de estimar, en grados de perfección: y para mayor consuelo suyo le mostró nuestro Señor, no solamente lo que había de ser de esta nueva planta en su vida, sino también el crecimiento que tendría después de muerta, y el fruto grande que haría en los tiempos venideros en la Iglesia, como ella escribe en su Vida por estas palabras: «Estando otra vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande; abrióle, y díjome que leyese unas letras, que eran grandes y muy legibles, y decían así: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, y habrá muchos mártires.

Otra vez, estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos: pienso que se da en esto á entender han de defender la fe; porque otra vez, estando en oración, se arrebató el espíritu. Parecióme estar en un gran campo donde se combatían muchos; y estos de esta Orden peleaban con gran fervor: tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echa-

ban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta gran batalla contra los herejes.» Calló la Santa el nombre de su Religión por algunos honestos fines; pero es cierto, como se supo de la misma Santa Teresa, que hablaba de la nueva reforma que ella fundó.

A más de esta profecía de su Religión, le dijo otra vez nuestro Señor, no se desharía la nueva reforma de los Descalzos, que entonces estaban muy perseguidos, sino que antes iría creciendo. Estando en la fundación de Segovia, le reveló nuestro Señor, por medio de San Alberto, santo de su Orden, la separación de los Descalzos y de los Padres Calzados. Cuatro años antes que se acabasen las persecuciones y trabajos que los religiosos Descalzos padecían, que fueron grandísimos, vió un mar muy grande y muy alterado de persecuciones, y con esta visión le dió el Señor á entender, que como los egipcios se habían hundido en el mar cuando iban persiguiendo á los hijos de Israel y el pueblo de Dios pasó libre, así su Orden quedaría libre, y los que la perseguían ahogados y vencidos.

Tuvo también revelación de la Religión de la Compañía de Jesús, y lo dejó

escrito de su propia mano en el libro que se guarda en San Lorenzo del Escorial, donde dice: «De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, y de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vílos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas de grande admiración: y así tengo esta Orden en gran veneración; porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender». Y estando ella maravillada y contenta por la mucha devoción que tenía á esta Religión, le dijo nuestro Señor Jesucristo: ¡Pues si tú supieses cuánto han de ayudar estos á la Iglesia en los tiempos venideros!

Esta visión dice ella que vió algunas veces; y aunque en la Vida que se imprimió no se declara el nombre de la Religión, está declarado en el libro que ella escribió, y en los demás que andan de mano. Las palabras que le dijo nuestro Señor, puso después más adelante en el capítulo 40, sin el nombre de la Religión; pero es cosa ciertísima y sabida de su boca todo lo que se ha dicho, como lo testifica el P. Dr. Francisco de Ribera. En otra parte dice: «Estando en un Colegio

de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los Hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas: esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban, no lo veía».

De la misma sagrada Religión de la Compañía de Jesús, advierten algunos escritores de su Vida que habla la Santa, cuando dice en el capítulo 40 de su Vida: «Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles y muy cerca de Dios. Comencé á suplicar á Su Majestad por la Iglesia: dióseme á entender el gran provecho que ha de hacer una Orden en los tiempos postreros, y la fortaleza con que los de ella han de sustentar la fe».

Conoció también por revelación que su confesor, el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, se había de salvar, y le mostró Dios nuestro Señor un eminente lugar que había de tener en el cielo; y añadió que aquel Padre había llegado en la tierra á tan alto grado de perfección, que no vivía en aquel tiempo quien le tuviese tan alto, y que según aquel grado de perfección se le habían de dar los grados de gloria en el cielo, y que él ex-

cedía en perfección á todos los que había entonces vivos en el mundo.

Supo también la muerte de cuarenta Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús que iban al Brasil, y los mataron los herejes. Iba entre ellos un pariente de la Santa; y luego que los tomaron, dijo al P. Baltasar Alvarez, su confesor, que los había visto con coronas de mártires en el cielo. Después vino á España la nueva del martirio y dichosa suerte de estos religiosos. Del P. M. Fr. Pedro Ibáñez, religioso de la Orden de Santo Domingo, y confesor que había sido mucho tiempo de la Santa, con haber muerto treinta y cinco leguas de donde ella estaba. le reveló Dios luego su muerte, y cómo había ido al cielo sin pasar por el Purgatorio.

Tuvo Santa Teresa singular devoción con el Santísimo Sacramento, la cual se la pagaba bien nuestro Señor en darle de ordinario al tiempo de la Comunión grandes raptos, y en ellos luz de muchas verdades, revelaciones de grandes misterios, y visiones muy subidas; porque de ordinario esperaba el Señor este tiempo para hacerle estas mercedes. Vió muchas veces en la hostia consagrada al mismo

Cristo, unas resucitado, otras puesto en cruz, y otras coronado de espinas, y de otras maneras; pero siempre con tan grande majestad, que le causaba temor y reverencia. Hacía este Sacramento grandes efectos en su alma; porque á la manera que saliendo el sol huyen las tinieblas y se deshacen los nublados, así en llegando á comulgar cesaban las tentaciones y aflicciones, oscuridades y aprietos que en el espíritu padecía.

Entonces el alma, las potencias, los deseos y afectos, y todo lo que en ella había, parece se le arrancaban para unirse y transformarse en Dios, con que quedaba toda enajenada y absorta. Este era el tiempo cuando el cuerpo también en compañía del alma se levantaba de la tierra, y parece quería él también salir de este mundo. Con llegar á comulgar con un color de tierra en el rostro, como quien estaba tan enferma y era tan penitente; luego que recibía el Santísimo Sacramento, se le ponía el rostro hermosísimo, de color rosado, que parecía transparente, y quedaba con una gravedad y majestad tan grande, que mostraba bien el huésped que tenía consigo. Quedaba con este bocado del cielo no sólo el alma,

sino también el cuerpo, bueno de sus enfermedades.

Comulgando un día de Ramos, cuando tomó en la boca el Santísimo Sacramento, antes que lo pasase, quedó con gran suspensión, de la cual como volviese al cabo de un rato, le pareció verdaderamente tenía toda la boca llena de sangre, y asimismo que todo su rostro y toda ella estaba bañada en la misma sangre, y tan caliente como si entonces se acabara de derramar. Era excesiva la suavidad que con este baño sentía, y díjole el Señor: Hija. yo quiero que mi sangre te aproveche; y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y tú la gozas con grande deleite como ves. Otro día, estando en Sevilla acabando de comulgar, sintió que su alma se hacía una misma cosa con el cuerpo del Señor, á quien también vió entonces, y quedó de esta visión con grandes afectos en su alma, y grande aprovechamiento en el amor y en las demás virtudes.

Estando la Santa en la capilla de Santo Domingo del convento de Santa Cruz de Segovia, donde el Santo estuvo, vió al Santo que la estaba acompañando á su

lado, y después, al tiempo de la Comunion, vió á Cristo nuestro Señor á su mano derecha y á Santo Domingo á la izquierda, como antes; y volviéndose la Santa á hacer reverencia á nuestro Señor, le dijo: Huélgate con mi amigo; y con esto desapareció, quedando en su compañía Santo Domingo. Acabada la Misa, le dijo su confesor que si quería gozar de aquella compañía se fuese á tener oración á la capillita más pequeña, donde estaba un Santo Domingo de bulto. Hízolo así la Santa, y después de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó y dijo á su confesor cómo Santo Domingo había estado grande rato con ella, y que le dijo: Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido á esta capilla, y tú no has perdido nada: y luego le comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios, y las mercedes que de Dios había allí recibido en la oración.

Infundió también Dios á Santa Teresa una sabiduría divina casi de repente; porque como ella antes fuese muy ruda é inhábil, no sólo para decir las cosas espirituales, sino también para entenderlas, en brevísimo tiempo le dió el Señor tan gran luz y tanta inteligencia de las cosas sobre-

naturales y divinas, cual grandes teólogos con muchos años de estudio no pudieran alcanzar. Espantábase la Santa de esta mudanza, y admirábanse también sus confesores, como que entonces no descubrían los fines que Dios en esto tenía; porque como la había escogido para maestra y doctora de espíritu, no era mucho se mostrase tan liberal y magnífico, no solamente en darle en tan subido grado esta penetración de misterios y conocimiento de cosas altísimas, sino también (por ventura era mayor gracia), palabras y estilo para declarar lo que de suyo es, por su alteza é incomprendibilidad, tan secreto y oculto.

Clara señal es de esta sabiduría infusa los admirables libros que escribió por revelación que de ellos tuvo; pero esta no bastara, porque en cosa ninguna se guiaba por sola la revelación, si juntamente no se lo hubieran mandado sus confesores. Del libro de su vida dice en el prólogo de él: «Yo hago esta relación que mis confesores me mandan, y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido.» Del libro de las Fundaciones le mandó nuestro Señor expresamente que lo escribiese, como ella

lo refiere en las adiciones de su vida. El de las Moradas escribió, dándole el Señor la materia, la traza y el nombre para el libro. Y como Dios le mandó que escribiese estos libros, así parece quiso mostrar ser el autor de ellos, porque el modo con que la Santa los escribió, muestra no ser ella más que un instrumento suyo, y que no ponía de su casa más que la mano y pluma.

Muchas veces, estando escribiendo estos libros, se quedaba en arrobamiento: y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. Estaba con la pluma en la mano, y con un resplandor en el rostro notable, que no parece sino que la luz del alma se transfiguraba en el cuerpo. Tenía el alma absorta en Dios, tanto, que aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba, ni lo sentía. Escribía estando llena de ocupaciones y cuidados de tantas casas que gobernaba, acudiendo al coro con la puntualidad que las demás.

Escribía con gran presteza y velocidad, porque le dictaba el Espíritu con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos, á todas diera que hacer y las cansara, sin que le faltara materia. Por todo

esto merece la calificación que le da la Iglesia en la oración del oficio de esta Santa en las lecciones de maitines y en la bula de su canonización, llamándola *celestial*; y los auditores de la Rota dijeron que es doctora y maestra, que Dios preparó para su Iglesia, y que escribió clara y ordenadamente lo que los Santos habían escrito sin tanta distinción y de paso en cosas místicas.

Quiso Dios premiar tantos trabajos y heroicas virtudes de Santa Teresa, y coronar los grandes favores y dones divinos que en ella había puesto, con una dichosísima muerte, que fué entre sus hijas en el convento de las Carmelitas descalzas de Alba, á donde llegó, viniendo de Burgos muy fatigada. Cayó luego mala: estuvo todo un día y una noche embebida y toda trasportada en oración, donde entendió de nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso; que aunque más había de ocho años le había revelado el Señor el año en que había de morir, y lo traía escrito en cifra en su breviario, y se lo había dicho así al P. Mariano, y de algunas Hijas suyas en Segovia se había despedido, diciendo no las vería más en esta vida, y que se acercaba su partida, y

así lo tenían muy entendido casi todas las Monjas de aquella casa; pero el día puntual en esta ocasión se lo reveló nuestro Señor.

Hubo también algunas señales de su muerte. Algunas Religiosas de aquel monasterio habían visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia: otra vió, entre las ocho y las nueve de la mañana, pasar junto á la ventana de su celda, donde después murió la Santa, un rayo como de cristal, muy hermoso: otra, dos luces resplandecientes en la ventana de la misma celda; y aquel mismo verano, antes que la Santa viniese á Alba, estando las Religiosas en oración, oían un gemido muy pequeño y agradable cabe sí; y eran tantas las cosas y señales que se veían, que las Monjas andaban con grande temor de algún prodigioso suceso de la Orden.

Recibió Santa Teresa los Sacramentos; y así como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caída y mortal, que no se podía rodar en la cama, si no era ayudada de dos Religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella sin ayuda de nadie; y eran tan grandes los ímpetus que el amor le cau-

saba, que parecía se quería echar de la cama á recibir á tal Majestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar.

Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenía, y como si fuera mucho más joven; y puestas las manos y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo había hecho, regalándose tiernamente con su Esposo.

El día en que murió, á las siete de la mañana se echó de un lado con un Crucifijo en la mano (que tuvo siempre, hasta que se le quitaron para enterrarla), el rostro muy encendido; y con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios y enajenada toda con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya á gozar, de lo que tanto tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

En este tiempo, la venerable Ana de San Bartolomé, perpetua compañera de la Santa, y muy parecida en su espíritu,

vió á los pies de la cama á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos Angeles, que aguardaba el alma de la Santa, para llevarla á su gloria. También asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habían ofrecido muchos años había, en un arrobamiento que tuvo, después de haberles celebrado su fiesta; y volviendo de él, como le preguntase la Condesa de Osorno (que era una señora muy devota y grande amiga suya) qué había sentido, le dijo que le habían aparecido los diez mil mártires, y le habían prometido acompañarla á la hora de su muerte y llevarla á gozar de Dios.

Y así la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepción, estando sentada en una ventana baja que salía al claustro, en la misma celda de la Santa, aquella noche que espiró, oyó un gran ruido como de gente que venía muy regocijada, y vió que pasaban por el claustro muchas personas resplandecientes, vestidas de blanco, y entraron todas en la misma celda donde estaba la Santa enferma, con grandes demostraciones de contento: y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compa-

ña, que con estar todas las Religiosas de aquel convento en la celda, no se parecía ninguna. Llegaron todas á la cama donde estaba la Santa, y á ese punto, dice que espiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y estos sagrados Santos, en compañía de los Angeles, hicieron su oficio de llevarla honrada y acompañada al descanso eterno de la gloria, que con tantos trabajos tenía merecido, viviendo acá en el suelo. A la hora que la Santa espiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca: otra vió á este mismo tiempo una estrella de gran resplandor sobre la torre y campanario de la iglesia; y otras vieron cosas maravillosas, con las cuales daba el Señor por mil resquicios muestras de la gloria y felicidad de que gozaba. Aquella misma noche que murió la Santa, un árbol seco, que estaba enfrente de su aposento, refloreció de repente, regocijándose cielo y tierra con la gloria de esta sierva de Dios.

Fué tan grande el ímpetu de su espíritu en aquel último arrobamiento, que no pudo sufrir el cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba para su

Criador; de suerte que más murió de amor de Dios que de la enfermedad. Así lo reveló después de muerta Santa Teresa á algunas personas, que en su muerte había tenido un grande ímpetu de amor de nuestro Señor, con que se salió su alma. Fué el día de su glorioso tránsito jueves, entre las nueve y diez de la noche, á 4 del mes de Octubre del año de 1582, día del glorioso y bienaventurado San Francisco, de quien la Santa era muy devota. Fué el año en que se enmendaron los tiempos, quitando los diez días que andaban de sobra y adelantados; y así al día siguiente se contaron 15 de Octubre, siendo Pontífice Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y reinando en España el Rey católico y prudente Don Felipe, segundo de este nombre. Murió de sesenta y siete años, seis meses y siete días; habiendo vivido en la Religión cuarenta y siete años, los veintisiete en la Encarnación y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera regla que ella restituyó, la cual fué el Señor servido que viese antes que muriese, muy acrecentada y con Prelados propios, y vió cumplida la profecía que el Señor antes le había hecho.

Era la Santa Madre de muy buena

estatura; en su mocedad, hermosa; después, de vieja, de muy buen parecer; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; el color blanco y encarnado, y cuando estaba en oración se encendía y ponía hermosísima, y en todo el demás tiempo le tenía muy apacible; el cabello negro y crespo; la frente ancha y hermosa; los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclidada para abajo; la boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro: tenía en él tres lunares, que caían al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca.

En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban era comúnmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban.

Acabando de espirar, quedó su rostro hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, sin arruga ninguna, aunque solía

tener hartas por ser vieja; las manos y los pies con la misma blancura, todas transparentes, y tan tratables y tan suaves al tacto como si estuviera viva.

Todos sus miembros quedaron hermosados con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en ellos había conservado. Fué tan grande la fragancia del olor que salía de su santo cuerpo al tiempo que la vestían y aderezaban para enterrarla, que trascendía por toda la casa; y era de suerte, que las religiosas no podían discernir á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese; porque verdaderamente era olor del cielo, y de rato en rato parecía que venían nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor, y era tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir.

Quedó este olor, no sólo en la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la Santa Madre, sino en todas las demás cosas que ella estando enferma tocó, como en los platos y aun en el agua con que los lavaban. Había entonces allí una Hermana gran sierva de Dios, que carecía del sentido del olfato; estaba desconsolada porque no podía participar de aquella suavi-

dad de olor que las demás decían que sentían, y llegando á besar sus santos pies y abrazada con ellos, comenzó á sentir su olor, y cobró desde entonces el sentido del olfato, y duróle en las manos la misma fragancia mucho tiempo, de suerte que aunque se lavaba muchas veces no la perdía. Había otra religiosa que había mucho tiempo que tenía un grande dolor en un ojo, y llegándose á los pies de la Santa Madre, al punto sanó, y dando voces, publicó la misericordia que el Señor le había hecho.

Otra religiosa, llamada Isabel de la Cruz, traía de ordinario gran dolor de cabeza, que había más de cuatro años que le tenía, y los ojos tan malos que no podía ver la luz; y cuando la Santa acabó de espirar, tomó sus manos y puso los dedos de ella en sus ojos, y lo mismo hizo sobre su cabeza, y nunca más de allí adelante sintió dolores de cabeza, y quedó con clara vista en los ojos. Otros muchos milagros y maravillas obró nuestro Señor en la muerte de su sierva, acudiendo todos á venerar su santo cuerpo y pedir remedio de sus necesidades.

Son grandes las maravillas que ha obrado nuestro Señor para honrar á su

sierva: milagros perpetuos han sido la incorrupción de su virginal cuerpo, y el olor suavísimo que sale de él y el óleo que de sí mana. El olor es tan grande, que cuando la volvieron por mandado de Sixto V á la villa de Alba, de donde la habían llevado secretamente á Avila, los labradores que estaban en los campos, sin saber qué era, dejaban las haciendas y se iban tras aquella maravillosa fragancia que despedía de sí el santo cuerpo.

Está con gran veneración en Alba, con mucho concurso de los que de todas partes acuden á reverenciarle y pedir á nuestro Señor por medio de su sierva alivio de sus enfermedades. Son muchos y grandes los milagros que Dios ha hecho por su intercesión; por los cuales, y por sus heroicas virtudes, el Papa Gregorio XV, á los 12 días de Marzo del año de 1622, la canonizó, juntamente con San Isidro Labrador, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, San Francisco Javier, apóstol de la India, y San Felipe Neri, fundador de la Congregación del Oratorio.

El mayor milagro de Santa Teresa es haberla escogido Dios para fundar una Orden tan santa y de tanta perfección y

ejemplo en su Iglesia, y no solamente haber restituido la regla primera de Alberto, patriarca, que guardaban antiguamente los Carmelitas en las partes orientales, sino que también fué ella el principal medio para que el instituto antiguo de la vida eremítica de aquellos Padres de la Orden que vivían en Egipto y Palestina (que se perdió y acabó en la Iglesia cerca del año de 630 por la crueldad de Abumar y de otros príncipes sarracenos), se haya restituido y puesto en práctica entre los religiosos que ella reformó, con tanta puntualidad de silencio y recogimiento, de oración y penitencia, como antiguamente floreció entre aquellos sagrados monjes.

Todo esto es un cúmulo de milagros y pruebas grandes de la santidad de Santa Teresa de Jesús, que exceden á otras muchas que en particular se pudieran referir: podránse ver en los autores que escribieron su vida, que son el P. Dr. Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús; el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de la Orden de San Jerónimo, Obispo de Tazona; y el P. Fr. Juan de Jesús María, carmelita descalzo, y las relaciones que se hicieron para su canonización.

ORACIÓN

Á SANTA TERESA DE JESÚS.

Poderosísima protectora mía, y abogada Santa Teresa, Doctora mística, vivo ejemplo de perfección, restauradora de la piedad y celadora del honor de Dios; prostrado á vuestras plantas vengo lleno de confianza á implorar vuestra poderosa protección, deseando imitar vuestras heroicas virtudes, especialmente la generosidad y gran corazón para con Dios, con que despreciando el qué dirán, y las bur-las y persecuciones del mundo, atendis-teis únicamente con todo empeño á pro-mover en vos y en los prójimos la mayor gloria y alabanza de Dios, y la tierna y sólida devoción á María Santísima, y á su casto esposo San José. Proteged desde el cielo á vuestras hijas, haciendo que crez-can en número y fervor, copiando en sus

corazones la perfecta imagen que les dejasteis en vuestra vida y escritos; y alcanzadnos que, libres de todo pecado, sirvamos con generosidad y constancia á Dios en el estado de vida en que por su divina voluntad nos hallamos, mereciendo llegar por este medio al felicísimo fin de la eterna bienaventuranza. Amén.



RECUERDO DE SANTA TERESA.

SENTIMIENTOS DE PIEDAD DE LA SANTA EN
SU MÁS TIERNA EDAD.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favoreció para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y ansí los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer, de seis á siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas.

Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía que de que no era libre no la podía sufrir de piedad. Era de gran verdad:

jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de alto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos: todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios parece tenía alguna razón: porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía gran amor, y ellos á mí; juntábamonos entrambos á leer vidas de Santos: como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy ba-

rato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen: y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si hubiéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para *siempre*. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad. De que vi que era imposible adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa, procurábamos como podíamos hacer ermita poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían; y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios

como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos: como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella; y, en fin, me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. Oh Señor mío, pues parece tenéis determinado que me salve, plega á Vuestra Majestad ser así: y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habiades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer, para que desde esta edad fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres, tampoco pue-

do; porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas), cuando por ellas le había de dar gracias de todas, me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré. (*Vida de la Santa, compuesta por ella misma, cap. I.*)

LO QUE IMPORTA NO LEER EN LA NIÑEZ
MÁS QUE BUENOS LIBROS Y TRATAR CON
PERSONAS VIRTUOSAS.

Paréceme que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre ejemplos de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho), de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo lo tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos: y por ventura lo hacía para no pensar en

grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás; y parecíame que no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas y á desear contentar en parecer bien con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí.

Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecían así no era ningún pecado muchos años: ahora veo cuán malos debían ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera á Dios que lo fuera de estos también, porque

ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, pero mayores que yo: andábamos siempre juntos; teníanme gran amor: y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma á los que fueron causa de todo mi mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal; que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.

Ansí me acaeció á mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir); y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné á tratar: con

ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo digo, y darme parte de sus cosas), no me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la hora. Este tuvo fuerza para no la perder del todo, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que á esto me hiciese rendir. Ansí tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder lo que me parecía á mí está la honra del mundo, y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo: los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad

para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer: en especial en el tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hacen: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ningunos, y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el buen provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud, porque si en esta edad hubiera quien me enseñase á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía, porque después

mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba como á mí la afición. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasión estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos, de los cuales me libró Dios; de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese. (*Vida de la Santa, escrita por ella misma, cap. II.*)



VERSOS DE SANTA TERESA.

*Vivo sin vivir en mí;
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay, que larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero;
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
 Vivo de que he de morir,
 Porque muriendo, el vivir
 Me asegura mi esperanza:
 Muerte, do el vivir se alcanza,
 No te tardes, que te espero;

Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
 Vida, no seas molesta;
 Mira que sólo te resta
 Para ganarte perderte;
 Venga ya la dulce muerte,
 Venga el morir muy ligero;

Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
 Es la vida verdadera,
 Hasta que esta vida muera
 No se goza estando viva;
 Muerte, no me seas esquiva,
 Vivo muriendo primero;

Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
 A mi Dios que vive en mí,
 Sino es perderte á ti
 Para mejor á Él gozarle?
 Quiero muriendo alcanzarle,
 Pues á Él solo es el que quiero,

Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti
 ¿Qué vida puedo tener,
 Sino muerte padecer
 La mayor que nunca ví?
 Lástima tengo de mí,
 Por ser mi mal tan entero,

Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
 Aun de alivio no carece,
 A quien la muerte padece;
 Al fin la muerte le vale;
 ¿Qué muerte habrá que se iguale
 A mi vivir lastimero?

Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
 Viéndote en el Sacramento,
 Me hace más sentimiento
 El no poderte gozar;
 Todo es para más penar
 Por no verte como quiero;

Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
 Con esperanza de verte,
 Viendo que puedo perderte
 Se me dobla mi dolor;
 Viviendo en tanto pavor
 Y esperando como espero;

Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte
 Mi Dios, y dáme la vida;
 No me tengas impedida
 En este lazo tan fuerte;
 Mira que muero por verte,
 Y vivir sin ti no puedo;

Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
 Y lamentaré mi vida,
 En tanto que detenida
 Por mis pecados está:
 ¡Oh mi Dios! ¿cuándo será
 Cuando yo diga de vero:

Que muero porque no muero.

OTRA GLOSA

SOBRE LOS MISMOS VERSOS.

Vivo ya fuera de mí,
 Después que muero de amor;
 Porque vivo en el Señor,
 Que me quiso para sí:
 Cuando el corazón le dí,
 Puso en mí este letrero:

Que muero porque no muero.

Esta divina unión
 Y el amor con que yo vivo,
 Hace á mi Dios cautivo

Y libre mi corazón;
 Y causa en mí tal pasión
 Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros!
 Esta cárcel y estos hierros
 En que está el alma metida!
 Sólo esperar la salida
 Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
 Vida, no me seas molesta;
 Porque muriendo, ¿qué resta,
 Sino vivir y gozarme?
 No dejes de consolarme
 Muerte, que ansí te requiero,
Que muero porque no muero.

VERSOS

QUE COMPUSO SANTA TERESA DE JESÚS
 CON MOTIVO DE LA TRANSVERBERACIÓN
 DE SU CORAZÓN.

En las internas entrañas
 Sentí un golpe repentino:
 El blasón era divino,
 Porque obró grandes hazañas,

Con el golpe fuí herida
 Y aunque la herida es mortal,
 Y es un dolor sin igual,
 Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
 Y si vida, ¿cómo muere?
 ¿Cómo sana, cuando hiere,
 Y se ve con él unida?

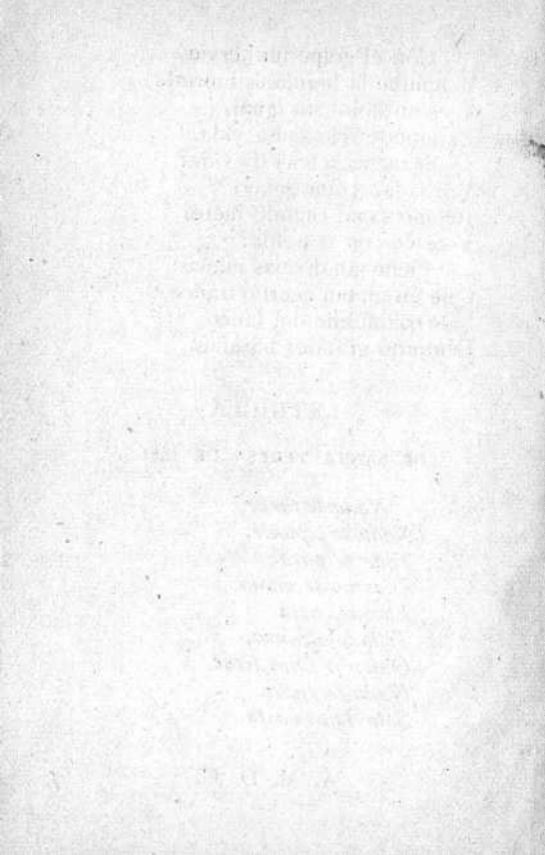
Tiene tan divinas mañas
 Que en un tan acerbo trance
 Sale triunfando del lance
 Obrando grandes hazañas.

LETRILLA

DE SANTA TERESA DE JESÚS.

*Nada te turbe,
 Nada te espante,
 Tode se pasa,
 Dios no se muda,
 La paciencia
 Todo lo alcanza,
 Quien á Dios tiene
 Nada le falta,
 Sólo Dios basta.*

A. M. D. G.





OBRAS DE PROPAGANDA

PUBLICADAS

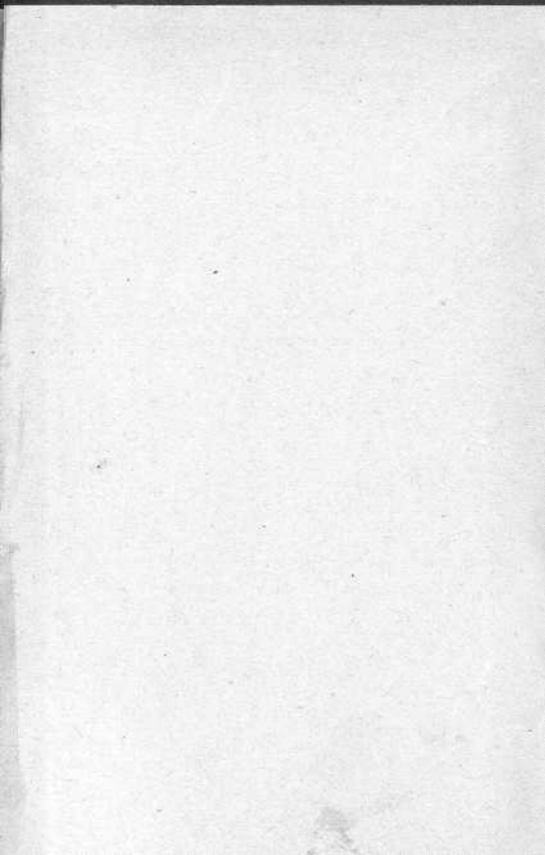
POR LOS PP. DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

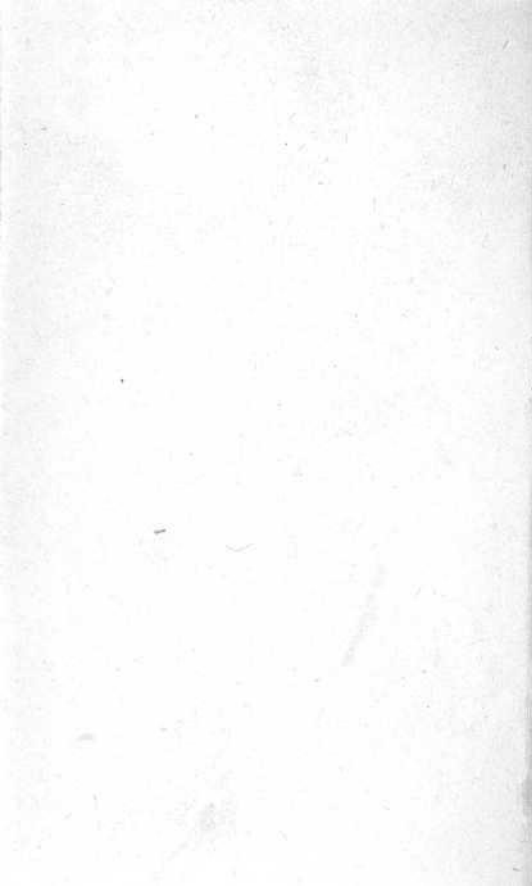
	Ps.	Cs.
<i>Devocionario manual</i> , 11. ^a edicion de cien mil ejemplares, encuadernado en holandesa...		25
El mismo, en tela, con plancha.....		30
El mismo, <i>aumentado</i>		75
<i>Devocionario escogido</i> , en tela, con plancha...	1	50
El mismo, en piel fina, con relieves.....	2	
<i>Catecismo explicado</i> del P. Nieremberg, en tela.	1	
El devoto del <i>Corazon de Jesús</i> , en holandesa.		25
El mismo, en tela, con plancha.....		30
Opúsculos del P. Nieremberg.....		
<i>Alimento de amor divino</i>		10
<i>Codicia santa de gracia</i>		10
<i>Constancia en la virtud</i>		10
<i>Práctica de la oracion mental</i> del P. Nepeu...		10
<i>El Padre nuestro</i> , por Fray Luis de Granada.		5
<i>La Pasion</i> de Jesucristo, por el mismo.....		10
Resúmen del <i>Catecismo</i> del P. Ripalda. El 100.	1	50
Idem del P. Astete. El 100.....	1	50
Idem del P. Vives.....	1	50
Idem en verso, del P. Rademáker. El 100....	1	50
<i>Hojitas sueltas</i> . Van publicadas 20. El 100 de cada una.....		75
Idem el millar.....	6	

Rebaja.—Por cada 20 ejemplares de cualquiera de estos libritos, se dará uno de gratificacion, y 10 por cada 100.

PUNTOS DE VENTA.

Librería de Aguado, Pontejos, 8, Ibarzábal, Arenal, 15, y Del Amo, Paz, 6.—Los pedidos de fuera, acompañados de su importe en libranzas del correo, ó letras de fácil cobro, se dirijirán á las mismas librerías.—Los gastos de embalaje y remisión por el correo y ferro-carril, son de cuenta del que haga el pedido.









MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	1727	Precio de la obra.....	Plas.....
Estante.....	12	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

1922



VIDA

1920

Santa

ana

